

## XI

Un año después, un acontecimiento vino a turbar la tranquilidad de la casa cural de la Villa de San Roque.

Rafael María, que había seguido alentando sus aspiraciones, apremiaba al Padre Juan y a su padrino para que lo enviaran al Seminario de San José, pues deseaba ardientemente dar los primeros pasos que habían de conducirlo al pináculo de aquellas aspiraciones, centro de toda su vida: la de verse algún día ordenado ~~como~~ *sacerdote.*

En vano el Padre Juan amonestaba al muchacho y le hacía ver los escollos en que muchas veces van a estrellarse los más sanos y mejores propósitos.

En vano había procurado hacer ver al chico que aquello que creía *vocación* no era otra cosa que un entusiasmo juvenil que podía decaer y marchitarse. Le relató ejemplos que él conocía de algunos sacerdotes que, engañados por ese falso miraje de una fe que creían invulnerable, encontraron el camino de su ministerio llenos de escollos y de abismos que no pu-

dieron salvar, y que, lejos de empeñar esa lucha en que el alma se sublima y santifica, habían rodado como tantos otros, despeñados en los más punibles extravíos.

Sólo la ayuda del Señor puede sacarnos bien de esas batallas. Si el corazón tiembla, si la fe vacila, hay que redoblar los esfuerzos; la menor concesión a la concupiscencia excita el nuevo pecado... y ¡somos tan débiles! Así hablaba el Padre Juan, procurando llevar a aquella alma tan dulce y tan blanca, el convencimiento, la conveniencia de esperar... esperar... ¡Es tan triste presenciar la marcha hacia el martirio cuando se ha vivido en el tormento toda una vida!

Pero Rafael María, lejos de acobardarse ante los peligros que el Padre Juan ponía ante su vista con su palabra persuasiva, hacía alarde de su resolución inquebrantable. «Mejor para mí — pensaba — si a fuerza de virtud, logro ser uno de los escogidos, así como el padre Juan.» Y con la vista baja oía los sabios consejos del anciano, como simples reflexiones, sin meditar en el fondo de profunda verdad y sabiduría que entrañaban. En su inocencia, y con ese optimismo propio de su edad, el chico a veces se admiraba de la oposición que demostraba el Padre Juan hacia sus inclinaciones, y sentía cierta amargura cuando pensaba que no se le tomaba en serio; le disgustaba que se pusiese en

tela de juicio aquello que a él se le figuraba era su única y verdadera vocación. «Cuanto más joven, mejor — decía —, así tendré tiempo para estudiar y llegar a ser un buen predicador.»

Una de tantas noches, después de rezar el rosario en familia, el Padre Juan fué al cuarto en donde tenía instalada su zapatería. El día había sido caluroso, pero al atardecer la temperatura refrescó y la noche estaba deliciosa: suave brisa murmuraba en el follaje de los dos corpulentos mangos que adornaban el frente de la casa cural, y aquel susurro como de arpa, en que el céfiro modulaba sus bellas cantinelas, traían a la memoria del Padre Juan reminiscencias de sus pasados días, y de sus noches de vigilia y de luchas. ¡Cuántos años habían pasado! Los viejos y queridos amigos, sus dos árboles, permanecían allí, siempre erguidos, siempre verdes, amados de los pájaros del cielo, calentados por el sol, refrescados por las lluvias, embestidos por los vientos, y, a veces, cubiertos por el polvo, como dos peregrinos de la vida... Y pasaban años y años, y siempre florecían y daban sus frutos, y sus troncos se vigorizaban más y más a medida que el follaje se multiplicaba y se extendía como un palio santo, al frente de aquella morada de virtudes y de amor... Y él, el Padre Juan, era como otro árbol ya vetusto, esqueleto viviente, en cuyas frondas, barridas y desechas por los huracanes,

no cantó nunca el pájaro celeste que embellece la vida, pero tuvo sus flores, tuvo sus frutos; las gemas generosas que aventó en todas direcciones, fructificaron en el noble ejemplo y en las altas enseñanzas de la verdadera doctrina de amor, de paz y de caridad, y allá, en el fondo de su alma, vibraba una música inefable que él oía arrobado, como en éxtasis celestiales.

Habíase sentado en un taburete cerca de la puerta, y la luna, ya un poco alta, enviaba un haz de su luz que penetraba en la estancia esparciendo, allí dentro, esa suave claridad tan grata a las meditaciones. El Padre Juan fumaba su puro, y las espirales de humo que le envolvían ponían alrededor de su cabeza un nimbo glorioso, como si aquella claridad se hiciese aún más luminosa, se santificara al tocar aquella venerable cabeza.

Rafael María, que no perdía ocasión de hablar de *su asunto* al Padre Juan, vió una ocasión propicia a sus deseos y se acercó resuelto a la puerta, donde notó la silueta del sacerdote, bañada por la luz de la luna.

Quedóse un momento mirando aquella visión, como extasiado. Él la había visto en sueños, así, de esa manera; el haz de luz caía un poco oblicuo sobre el padre Juan, del mismo modo que él lo había observado en las estampas místicas: pero lo que tenía al chico paralizado, casi sobrecogido de un santo y supersticioso asom-

bro, era aquel halo que él veía, sí, lo vía claramente sobre la cabeza del viejecito; un halo mucho más brillante y luminoso que la luz de la luna. Estuvo contemplando algunos instantes aquel fenómeno, que llenó su alma de inmensa adoración, de una veneración divina hacia aquel santo, porque ya no abrigaba ninguna duda: el Padre Juan era un Santo... Iba a arrodillarse ya ante el sacerdote, lleno de emoción, cuando éste le dijo, con su voz afectuosa:

— ¿Qué tienes, por qué no entras?

El chico no pudo contestar palabra. Se acercó temeroso, vacilante, y dejóse caer a su lado, de rodillas, ocultando la cara en el regazo del Padre Juan.

Largamente conversaron; cuando el reloj de la sala dió diez campanazos, el Padre Juan se levantó.

— Sea, hijo mío, marcharás al Seminario en vía de prueba, como dices. Si dentro de uno, de dos o más años, en cualquier tiempo, sientes que el ardor de tu fe va en decadencia, deja el Seminario en seguida, y vuelve aquí; yo te recibiré en mis brazos con el mismo cariño; de todos modos se sirven los destinos del Altísimo, y los caminos que conducen a la gloria eterna son muchos. ¡Cada ser es el redentor de su propia alma! Lejos de ti el orgullo y la necia presunción de empeñarte en conseguir tu objeto, por no aparecer débil y cobarde a los ojos

del mundo; puedes engañar a los hombres pero no a Dios.

/e Al día siguiente el padrino de Rafael María fue impuesto de la resolución del Padre, y aprontó, con largueza, el dinero indispensable para la instalación del chico en el Seminario. Todo estaba listo para la salida, cuatro o seis días después.

Rafael María mostrábase contento, lleno de una dulce serenidad, y acudía, con mayor actividad que la acostumbrada, a los trabajos que estaban a su cuidado.

La vieja silla de montar del Padre Juan fue <sup>de</sup> requerida, arreglados los viejos accionés y la cincha, pues Rafael María tenía que cabalgar doce kilómetros para llegar a la estación más próxima del ferrocarril, que debía conducirlo a San José, y para ello debía madrugar/ /.

Los días pasaban veloces; la idea de que el chico partiría muy pronto de aquella casa, había causado un hondo desasosiego en todos sus moradores. Tanasia, la vieja, ocultaba a veces alguna lágrima rebelde, pensando en aquel chico dulce, obediente, servicial, que pronto se ausentaría, y al cual quizá no volvería a ver más, ¡estaba tan vieja! El mismo Padre Juan pensaba, con dolor, en aquel vacío que dejaría el ausente, ¡ay!, tan difícil de llenar, y es que todos echaban de menos, anticipadamente, el fondo de afección y de cariño que le

18  
 restaba a la vida tranquila y apacible de aque-  
 lla casa. Pero la que sufrió horriblemente, la  
 que lloró con llanto del alma, fué Engracia. 12  
 Veía con espanto aquel cruel paréntesis que  
 se abría de improviso en la dulzura de su  
 vida, y no acertaba a comprender cómo sería  
 la vida para ella después que Rafael María  
 se hubiese marchado de allí. ¿Todo seguiría lo  
 mismo? No ocurriría algo raro, sobrenatural,  
 que obligara al chico a regresar a la casa para  
 proseguir la misma vida de siempre? ¿Qué  
 ojos llevarían a su alma los destellos de aque-  
 lla luz celestial que brillaba en los ojos de  
 su amigo? ¿Qué voz resonaría en aquella  
 casa que pudiera sustituir el timbre de armo-  
 niosa dulzura que era para ella música celestial?  
 Rafael María se llevaba todo tras sí...: el sol,  
 las bellas noches estrelladas, el perfume de las  
 flores, los pájaros, todo, todo lo que era amado  
 por ella... Ella sabía que esa partida tenía que  
 suceder alguna vez, pero estaba tan lejana to-  
 11  
 davía!... Y ahora se sorprendía de que el mo-  
 mento fatal se acercara... El pequeño reloj de  
 la casa, y el de la Iglesia, seguían midiendo  
 el tiempo con su mecánica implacable, y el  
 tiempo huía, huía veloz, arrastrando tras sí, en  
 torbellino doloroso y cruel, los minutos y las  
 horas... ¡Y era al día siguiente!... (Cómo) ma-  
 ñana? 12  
 ¿Qué pronto había llegado el temible  
 día!... Cuando Rafael María tocó el *Angelus* esa

tarde, el sonido de aquellas campanas que tanto la alegraban, resonó en su alma atribulada como un toque funeral. Engracia, bajo los mangos, miraba el pequeño campanario de la Iglesia donde sonaban aquellas campanas tan tristemente, como un *de profundis* que él le enviaba, como una despedida eterna, como un adiós que ~~brillaba~~, con dejos de sollozos, bajo las sombras de la noche que ya se avecinaba. Sintió ganas de llorar, de llorar mucho, allá, escondida, donde nadie la viese; llorar tanto, tanto, que el manantial de sus lágrimas se secase, para estar al día siguiente tranquila y serena en el trance fatal de la despedida.

\* \* \*

Rafael María durmió, con ese dormir de sobresaltos, despertando a intervalos para contar las horas que se sucedían, y aun cuando ansiaba iniciar los primeros pasos en su carrera, ahora que ya estaba tan cerca el momento de la partida, sentía toda la inmensa amargura que caía sobre su corazón.

A veces intentaba levantarse quedo, muy quedo, y escapar sin ser visto de nadie, para evitarse el inmenso dolor de la despedida; pero rechazaba aquella idea cobarde como cosa indigna. ¿Cómo no dar su adiós al Padre Juan; cómo no mirar otra vez el rostro de Engracia, con la que había soñado en los pocos ratos



de descanso que tuvo su espíritu en el amable y consolador regazo del sueño?

Él entendía que esas grandes decisiones de la vida ponen a prueba el temple del alma, y con esa sagacidad que se adquiere en la escuela del sufrimiento, sabía que vencer en esos trances era fortalecer el alma con el vino horriblemente amargo del sacrificio.

—Apuraré el cáliz hasta las heces — pensó.

Hacia rato estaba despierto. Oyó cantar un gallo allá dentro, luego otro, y como si aquello hubiese sido una señal, los gallos de todos los contornos lanzaron su clarinada, como un himno al nuevo sol que dentro de poco tiempo comenzaría a iluminar las lejanas crestas de las montañas.

Oyó unas horas. — ¡Las cuatro!

12 Saltó de la cama haciendo el menor ruido posible, y se fué a la pila del patio, donde se chapuzó un poco. Le pareció oír ruido en la cocina, y no fué poco su asombro cuando vió 12 a Engracia que, solícita, preparaba el café. 10

— ¡Ya te habías levantado? — le preguntó agradecido.

16 —Hace mucho rato... No podía dormir y temía se hiciera tarde — contestó Engracia restregándose los ojos que tenía hinchados y enrojecidos, y agregó —: He estado por todo el patio, fuí a ver el caballo, todavía está comiendo... ¡A qué hora sales?

—En seguida — contestó el chico resuelto.

Quedóse ella mirando a su amigo; él afrontaba valientemente aquella mirada, y así permanecieron algunos instantes, mirando la infinita tristeza de sus dos almas al través de sus ojos ya húmedos por la emoción. Instintivamente tomaron las manos y seguían bebiendo sus almas con la mirada: por las frescas mejillas de Engracia resbalaron dos lágrimas silenciosas; y ella, feliz al ofrecer a su amigo aquellas gotas en que se condensaba toda la amargura, todo el sufrimiento que rebosaba su corazón, las dejó correr dulcemente, tranquilamente. Ella entonces preguntó, como un gemido:

—Y no te duele irte?...

—¡Qué si no me duele! — exclamó el chico asombrado — ... Se me deshace el alma, ¡si vieras!

—Entonces, ¿por qué te vas?

—Porque es preciso... Ese es mi destino — contestó Rafael María, siempre presa de su profunda obsesión; y al notar la faz dolorida de Engracia, agregó —) Pero yo nunca los olvidaré... Escribiré siempre, y mi espíritu estará con ustedes, aquí. ¡*Vos* también me escribirás?

—Por supuesto! — contestó la chica, con firmeza —. Y te esperaré siempre.

—¡Dios te lo pague! — dijo Rafael María, lleno de unción sencilla.

El coloquio fué interrumpido por la voz del

Padre Juan que también, un tanto desvelado, había dejado el lecho una hora antes de la acostumbra.

—Rafael María, madrugas mucho, no era preciso; tienes suficiente tiempo aunque vayas despacio.

Rafael María salió de la cocina seguido de Engracia, y saludó al Padre Juan con la acostumbrada amabilidad.

—¿Para qué se levantó tan temprano? — preguntó, cortés —. No valía la pena de que se molestara; yo pensaba ir a su cuarto...

—Hijo, la cama me estorba, no puedo estar en ella despierto; es una forma de la pereza que hay que castigar.

—Yo creo que el agua está hirviendo para el café—apuntó Engracia, y dirigiéndose al padre, preguntó respetuosamente:

—¿Ya lo quiere?

—Vamos, no te molestes.

Se encaminaron a la cocina; Engracia acondicionó una mesita, con toda pulcritud y sirvió luego el café, que sabía hacer de manera magistral. Puso, además, algunos panecillos y empanadas de maíz, rellenas de queso.

El Padre bebía a sorbitos el café, y Rafael María intentó comer una empanada que humedeció previamente, y que dejó después de uno o dos bocados.

¿Por qué no comes?, están muy buenas; las hice anoche—dijo Engracia.

—No tengo ganas... —contestó el chico; pero en seguida tomó la empanada y comió despacio, bebiendo luego a sorbitos.

Tanasia penetró en la cocina, con los brazos cruzados, friolenta por la madrugada, y se sentó cerca de la mesa, después de saludar afablemente al Padre y a Rafael María, para tomar el café que Engracia le había servido.

¿Tanasia, y usted para qué se levantó?; usted no debe hacer esas cosas—interrogó Rafael María, a quien apenas causaba alguna molestia, y que agradecía con toda su alma aquellas muestras de cariño que recibía en tales circunstancias.

/¿Ah, /y creías que iba a quedarme sin despedirte? Aquí me dejas vieja y achacosa, y no pierdo la esperanza de recibirte cuando regreses hecho un sacerdote, Dios mediante—contestó la vieja con acento que revelaba toda la fe de que estaba poseída.

Rafael María sonrió tristemente y apuró el resto del pocillo que tenía en la mano.

La leña ardía en el hogar, y crepitaba con ruido halagador que parecía un murmullo de cariño, y las intermitencias de la luz alumbraban a veces la cocina con fulgores de relámpago. El sacristán, el tuerto, no faltó; llegó a tiempo para engullir tres o cuatro empanadas y tomar

un buen pocillo de café que Engracia le tenía destinado, conocedora de las excelentes dotes gastronómicas que adornaban a este humilde servidor de la Iglesia.

Un rato después el caballejo del Padre Juan estaba ensillado y sobre las ancas descansaban unas alforjas de cuero, provistas de algunos menesteres que deben llevarse siempre a la mano.

Rafael María, calzadas las espuelas y látigo en mano, empezó a despedirse.

— ¡Adiós, Padre Juan! — dijo emocionado abrazando al viejecito y besándole luego las manos — ¡Adiós, Tanasia! ¡Adiós, Engracia! Rueguen a Dios por mí.

— Adiós, hijo mío — dijo el Padre Juan emocionado — ¡que Dios te acompañe y no olvides mis consejos!

Fu~~f~~ uno de esos momentos desgarradores para el pobre chico, el que experimentó cuando dejaba el cariño de unos brazos para caer en otros. El no oía nada, ni se daba cuenta de nada. Abrazó a Engracia estrechamente, y no supo como se desprendió de aquellos brazos cuya presión sintió dulcemente, más sobre su alma que sobre su cuerpo.

Salió, caballero en el humilde jamelgo, que empezó a trotar por la carretera.

Ya la aurora encendía el oriente con sus arboles, y la naturaleza parecía despertar voluptuo-

samente ante aqu<sup>e</sup>l beso de luz que derramaba la alegría a raudales, y ahuyentaba las últimas sombras de la noche que apenas eran en occidente opacas nieblas.

Varias veces volvió Rafael María la cabeza para mirar a Engracia, que continuaba, en medio de la carretera, diciendo adiós con la mano, y antes de perderla de vista, en una curva del camino quitóse el sombrero y lo agitó en alto enviándole su último adiós.

Luego, ya no divisaba más que el remate del campanario y la pequeña cruz, que también le despedía con los brazos abiertos... Después, nada. Arriba, las glorias del cielo, ~~las~~ de una mañana esplendorosa, y en el alma las negruras de su desolación infinita; y caminaba regando aquella carretera, tan querida, con sus lágrimas, hacia *allá*, hacia lo desconocido, que se erguía ante su conciencia como un gigantesco signo de interrogación.

## XII

Han pasado algunos meses: la vida del Padre Félix, en su curato de la villa de El Piñal había ofrecido en los últimos tiempos algunos escándalos, que tenían a aquellos sencillos moradores verdaderamente alarmados. Era público y notorio en el pueblo, el resultado que habían obtenido las continuas visitas del Padre Félix a la casa de un pobre labrador, padre de una guapa moza, llamada Mercedes, *Hija de María*, (congregación numerosísima en ese lugar), que confesaba asiduamente con el señor cura. Cierto que la muchacha se había casado después con un hijo del pueblo, más pobre que las lagartijas, y que luego compró bueyes y carreta con la fianza del señor cura, y hasta hablaba de montar un trapiche de hierro para trabajar en la industria de la chancaca.

Poco después el Padre Félix había tenido otro capricho; una morena de carnes exuberantes y altos senos que había sido una obsesión para sus sentidos.

Hizo que la muchacha fuese a barrer la Iglesia y sus dependencias, durante quince días, en

/i

los cuales, naturalmente, él no faltaba de la sacristía, trasteando entre ropas y cachibaches para disimular su permanencia allí, pues el sacristán era sumamente malicioso, y aun se dió /o el caso de que rivalizara con el señor cura más de una vez, motivo por el cual, éste solía alejarlo de aquellos contornos, cuando proyectaba alguna de sus hazañas.

El caso había sido público. A veces las paredes oyen y hasta ven... Lo cierto es que el sacristán se santiguaba días después, y murmuraba escandalizado: «Quién lo creyera! ~~en la propia sacristía!~~»

Los moradores de la villa El Piñal veían y callaban; por experiencia de otros lugares, donde habían ejercido otros *Padres Félix* su ministerio de escándalos, sabían que nada conseguirían con acusaciones ni expedientes.

A la hora en que volvemos a encontrar al Padre Félix, parecía ya olvidado de su último escándalo, aunque aseguraba algún trasnochador haberle visto, pocas noches atrás, saltar de un cercado a la calle, con la sotana arrollada a la cintura, y huir azorado por solitarias callejuelas.

\* \* \*

El mes de marzo había entrado ya con sus grandes calores. El Piñal presentaba en ese tiempo su fisonomía de siempre. Los caminos



polvorosos, los prados resecos, tostados, por la influencia del calor, ~~que le raleaba excesivo.~~

Sólo los árboles, en su gran generalidad, mantenían su follaje verde — buenos hijos del trópico — a pesar de soportar el saeteo de los rayos solares desde las primeras horas matinales hasta que el sol bajaba en el horizonte. La savia dormía en lo oculto de los tallos, y la vitalidad fermentaba sus jugos, para aparecer luego lozanos, después de esa gestación misteriosa en el seno de la madre tierra. En las horas del día, la temperatura era asfixiante, casi africana; en las calles se sentía un vaho de horno, y se notaba sobre los polvorientos caminos, en cualquier lugar en donde se fijara la vista, el éter en ignición, a través de cuya diafanidad temblaban los objetos, como tras de un velo sutil en las ondas del aire.

Ese día, después de almorzar, el Padre Félix había ido a su trapiche, situado allá, en los alrededores, en la calle ronda; pues la industria de la panela en ese tiempo estaba en auge y él molía toda la caña que podía producir y la que compraba, a veces, a precios ridículos, a algunos pobres agricultores a quienes adelantaba dinero, mediante un interés convencional, que casi nunca traspasaba el límite — según él — permitido por la Iglesia, del uno por ciento mensual.

Allá solía pasarse este *pastor de almas* algu-

nas horas, observando las maniobras de sus peones, en mangas de camisa, sin cuello, y cubierta la cabeza con su fino jipi-japa. A veces él mismo escogía una buena caña, ~~de azúcar,~~ la descortezaba con su afilado cuchillo, y chupaba el jugo, ~~cortando a pedacitos la caña~~ con el apetito de una colegial en vacaciones. Allí se estaba sentado, sobre una canoa o sobre el ~~gabazo~~ *bagazo* de la caña, mirando cómo hervía la miel en la paila, y cómo el peón espumaba con acompasados movimientos, con un pascón clavado en la punta de una pértiga, que alzaba colmado de miel y que luego dejaba caer en forma de ducha sobre la paila, aventando en todas direcciones densas ondas de vapor, tibias y perfumadas.

Comía luego caramelos, cuando la miel estaba de punto, y siempre llevaba a su casa para su hija, golosa como él, una ~~tamunga~~ *tamunga* de sobao <sup>(1)</sup> que consumía como postre o simplemente con agua, durante las horas calurosas. Tampoco era raro que enviara regalitos de éstos a determinadas muchachas del pueblo, que agradecían mucho al señor cura estas atenciones.

Cuando el Padre Félix llegó a su casa, su hija Eulalia salía del baño, hermosa y fresca; al besarla en la frente advirtió aquel olor de cuerpo húmedo, que, como un efluvio de juven-

(1) Envoltura en hojas de caña, de panca suave.

*(Tamunga)*

banõ tud, emergía de la muchacha que parecía contenta y alegre, con esa reacción agradable que deja el ~~agua~~, lo que constituye uno de los más preciados placeres.

— Aquí tienes tu encargo — dijo, dando a Eulalia el envoltorio —. Está muy blanco y muy sabroso.

Ella le miró sonriendo y notando el semblante enrojecido de su padre y la salud y el vigor que revelaban su rostro pulcramente rasurado y cubierto de sudor.

— Gracias — contestó —. Sabes... más pareces un agricultor que el señor cura... — y se echó a reír.

Eulalia tuteaba a su padre solamente en la vida íntima. En presencia de otras personas le decía de *usted*, y para referirse a él, cuando hablaba con extraños, siempre decía *el Padre*.

El Padre se había quitado el sombrero y enjugaba el sudor con su gran pañuelo blanco, mientras soplabá.

¡ Un calor sofocante! — dijo, y agregó después — ¿ No quieres tomar una cerveza?

— Sí, te estaba esperando precisamente para eso... No encontré las llaves.

¡ Qué torpe! — exclamó el padre palpando sus bolsillos —, olvidé dejártelas... Vamos.

Fueron a un cuartito, y el Padre sacó un par de botellas de cerveza y una latita de conserva. Pasaron luego al comedor, cuya mesa mantenía

Eulalia tendida con un mantel de color celeste en cuyo centro siempre había un ramo de flores.

El Padre Félix descorchó las dos cervezas y abrió la latita, entretanto Eulalia acercaba dos vasos, un pan, platos y cuchillos, pues conocía lo amante que era su padre de estos pisolabis.

Empezaron a beber: el padre, entre trago y trago comía una rebanada de pan en la que previamente ponía, con el cuchillo, porciones que extraía de la latita.

1/E ¿Por qué no comes? Es muy bueno, esto fortalece mucho — dijo el padre a Eulalia.

—No, no me gusta... Es *paté*? — preguntó ella.

—No, esto es mejor, es un gran alimento... Comida de ricos — agregó el padre, alegremente. Se llama *caviar*...

—Ah, sí, ya me habías dicho la otra vez... ¿de qué lo hacen?

—Esto no es más que huevos de pescado, bien preparados.

Eulalia acercó un poco la latita para oler

—Huele bien — dijo —, voy a probarlo; no recuerdo si la otra vez lo comí.

Consumidos la cerveza y el *caviar*, el Padre se despojó de la americana de lino que vestía, y en mangas de camisa, se tendió en la hama-ca, con la Biblia en la mano, que empezó a hojear.

Hacía cosa de un mes sentía su naturaleza

de nuevo encabritada... Una continencia tan corta ponía en aquel organismo oleadas de fuego que no siempre lograba dominar. Como a San Pablo, «le había sido dado un demonio <sup>de carne</sup> que le abofetease», así como lo tuvieron todos los grandes ascetas: «San Antonio, que con más de ochenta años, veía todavía, en sus alucinaciones eróticas, su Tebaida poblada de cortesanas; San Jerónimo, que en su tumba de Berthelem, consumido por los años, por los ayunos y las vigili-  
 as, era sin cesar transportado a los salones de las damas de Roma; otro, cuyo nombre he olvidado, que para dominar su carne, se revolcaba desnudo sobre espinas; otro que se metía hasta el cuello en un estanque helado» (1).

El Padre Félix leía, aunque no con frecuencia, las epístolas de San Pablo, figura legendaria del cristianismo, que exclamaba: <sup>1<sup>o</sup></sup> «No tengo yo derecho a romper el ayuno, a beber y a comer como los demás apóstoles? «No tengo el derecho de tener conmigo una mujer, hermana, como hacen los hermanos de Jesús y de Pedro? ¿Por qué, pues, no uso de él? Es que yo estoy dedicado por completo a la predicación, y ningún mérito tengo en ello, porque soy hombre de predicación. Es para mí una segunda naturaleza, una necesidad: *Necessitas mihi incumbit*. Yo estoy enfermo si no predico» (2).

(1) P. J. Proudhon: *Amor y Matrimonio*.

(2) *Ibid.*

Y luego: *e*

«Porqu<sup>e</sup> querría que todos los hombres fuesen como yo: empero cada uno tiene su propio don de Dios: uno de una manera y otro de otra. Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les sería si se quedaren como yo. Empero, si no se pueden contener, cásense; que mejor es casarse que quemarse (1).

*M* Que eso se entienda por permisión y no por mandamiento: ¿Por qué, pues, el que dijo, a propósito de la unión del hombre con la mujer, «*Sacramentum hoc magnum est*», no puso en práctica su máxima: «vale más casarse que quemarse»? Por qué no tomó una *hermana*, si no quiso mujer solemne, así como la tuvieron casi todos los apóstoles? ~~¿~~”

*estas*  
En ~~algunas de las~~ cavilaciones se quedaba el Padre Félix sumido, al vaivén soporífero de la hamaca, cuyas cuerdas crujían con monótono chirrido.

— Y bien — pensaba — ¿cómo hermanar estas ideas del apóstol con el Génesis?

«*No es bueno que el hombre esté solo, demosle una compañera de su especie*». Y con aquello de «*Creced y multiplicaos*», que no comprende excepción ninguna?

La figura enorme de Pablo, de «aquel atra-

(1) I. Corintios. Cap. VII, V. 7, 8 y 9.

(2) ~~Condensación de algunos conceptos de P. J. Proudhon, obra citada.~~

biliario, cataléptico y alucinado», fuertemente áspero en su obstinada continencia, se agrandaba ante los ojos del Padre Félix, y tomaba las proporciones de un semidiós. «Haced morir, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra, *es a saber*, la fornicación, la inmundicia, la molicie, la mala concupiscencia y la avaricia, la cual es idolatría» (1).

El Padre Félix se consolaba, en medio de su vida licenciosa, pensando en que, como dice el apóstol, cada uno tiene su propio don, y él no era como San Pablo, que tenía el don de Dios.

Es el mismo triste y depravado consuelo que tiene gran parte del clero de la América española, para el cual parece escrito lo que sigue: «*Evitad el escándalo*, decía un viejo magistrado a sus jóvenes colegas, *lo demás es nada*». Esto no se dice sin duda entre eclesiásticos, pero se piensa, y por muchas precauciones que se tomen, todo el mundo sabe que se practica. Mi voto de pobreza, decía un prelado del siglo XVIII, me ha valido 200.000 francos de renta: mi voto de obediencia me ha hecho príncipe de la Iglesia. Y vuestro voto de castidad, Monseñor?... Él bajaba los ojos y guardaba silencio, por respeto a las buenas costumbres(2).

El Padre Félix seguía leyendo la Biblia ahora, con el propósito de meditar hondamente, tran-

(1) Colosenses. Cap. III, V. 5.

(2) Ibid. P. J. Proudhon.

quilamente, y de digerir aquella lectura para nutrir su alma, que sentía de nuevo combatida con gran furia.

A sus oídos llegaban los acordes del piano que tocaba su hija Eulalia; aquellos sonidos halagaban dulcemente su espíritu conturbado, y poco a poco quedóse completamente dormido.

Un rato después pasó Eulalia cerca de la hamaca; su padre dormía profundamente, y allí cerca, en el suelo, estaba la Biblia, que ella alzó, notando en seguida una cinta roja puesta como señal. Tuvo curiosidad de ver qué parte del libro leía su padre, y lo abrió:

*«El cantar de los cantares».*



## XIII

La época del verano tocaba a su fin; los últimos días de la estación seca se hacían insupportables y las lluvias tardaban ya para refrescar aquel ambiente de fuego, y más que todo, para que apagasen la sed hidrópica de la tierra, endurecida y reseca. Por las tardes, poco antes de la puesta del sol, se encapotaba el cielo y gruesas gotas caían sobre la población, como precursoras de un diluvio que se deshacía luego, allá abajo, en el horizonte, donde se aglomeraban las nubes negras, preñadas de electricidad. Veíase a lo lejos el relampagueo de esas tempestades estáticas, como si un águila formidable, apocalíptica, azotara a cortos intervalos, con alas de fuego, la bóveda celeste.

El Padre Félix, acodado en una ventana de su cuarto, contemplaba el fenómeno, y le gustaba observar los zigzags que rayaban la atmósfera, como grietas luminosas que se abrieran en la negrura, mostrando en brevísimos instantes, los confines, las lejanías encendidas como en una fiesta de titanes, de dioses o demonios.

Había ya cerrado la noche, y aún permaneció

124  
 cía ~~f~~ la ventana aspirando el aire tibio, oliente a tierra humedecida, ansiosa de la misteriosa gestación de la semilla.

El Padre Félix atravesaba por una de esas crisis de su refinado erotismo. Había intentado satisfacer sus instintos groseros, como otras veces, pero una cierta desilusión, un cierto hastío le hacía desistir... ¿Lo de siempre? Bah, ya eso no ofrecía incentivo a su naturaleza... ¡Ah, si él tuviese a su lado, como antaño, a aquella mujer a quien amó tan de veras!... ¿Se amaría de igual manera una esposa? Entonces, qué felices son los que la poseen... «Carne de mi carne, huesos de mis huesos»... Y divagaba, divagaba; pensaba en la enorme equivocación, en la ley inmoral y cruel que le ponía fuera de la comunión del amor, como si fuese una criatura sin sexo, sin nervios, sin corazón y sin alma. Deseaba, en su sed de amor, nunca saciada, un goce que llenase sus sentidos en toda la amplitud que soñaba: encontrar algo más que la carne que se da o se alquila por breves momentos, sin otro fin que el del vicio o el interés de algunas monedas, o el de un espasmo casi doloroso, a fuerza de animal, y que tiene por epílogo forzoso el tedio y el asco.

A veces, en las grandes rebeldías de su carne, tenía la visión de los hogares de esos ministros del protestantismo: una salita amueblada con mucha limpieza; ella, la esposa amante, senta-

da al piano interpretando a Beethoven; él, con su levita abotonada hasta el cuello, leyendo a la luz de la lámpara, y allá adentro, en una ~~cama~~ <sup>cama</sup> blanca, amorosamente preparada, un niño que duerme dulcemente... ¡Qué paz, qué tranquilidad! / No es éste el verdadero hogar cristiano? / Qué diferencia encontraba en aquella vida llena de virtud, de dignidad y de amor, con la que llevaba él, ministro del Altísimo, y como él, tantos otros que conocía!

Luego su espíritu se prosternaba lleno de altísima veneración hacia los justos, hacia los buenos. El Padre Juan era para él un prodigio de grandeza, de santidad. ¡Oh varón justo y excelso, amado de Dios! ~~f~~ como el Padre Juan, también recordaba a otros de sus colegas de la capital, algunos de ellos, ¡tan raros! que ejercían altas dignidades, que vivían pobremente, llenos de caridad y de benevolencia para el prójimo, sin escándalos, predicando el Evangelio de palabra y con su ejemplo, y soportando su celibato con toda la dignidad de su apostolado.

— Ah — clamaba el Padre Félix, lleno de amargura —, ¡a ellos les fue dado el don de Dios!...

Y el pobre, que confesaba su debilidad, su espantosa derrota, se sentía impotente para luchar con el demonio de la carne que le abofeteaba constantemente, y se dejaba arrastrar por la pendiente abajo, donde le precipitaba su tem-

peramento erótico, sanguíneo, y más que todo, la fuerza de su costumbre. Después de la primera concesión, la segunda, y luego... luego la carne reclama con exigencias de bestia todo su imperio. Y se sentía cobarde ante la idea de romper con aquella carrera que él no deseó seguir. Temía el escándalo de su rebeldía y prefirió continuar la vida de hipocresía que llevaba, hacía ya mucho tiempo, predicando la abstinencia y la castidad, cuando él se revolcaba en la lujuria; la templanza, cuando él se regalaba hasta el hartazgo con refinamientos de sibarita empedernido; la pobreza, cuando era uno de los principales monopolizadores de una industria en el pueblo que apacentaba; amor al prójimo y fidelidad, cuando él prostituía ~~a las~~ casadas y ~~a las~~ niñas; moralidad, cuando vivió a vista y paciencia de sus feligreses con su querida en la propia casa cural, y había procreado allí su familia.

Y de nuevo quedábase sumergido en hondas reflexiones.

El piano sonaba allá en el cuarto de su hija Eulalia. Tocaba un *pot-pourri* de «Carmen», la bella ópera de Bizet. La jota de esa partitura le hacía sentir muy hondamente; quedóse abstraído oyendo aquellas dulces melodías que iban desdoblándose en el silencio de la noche, con dulce y voluptuosa melancolía, y que le acariciaban el alma con caricias inefables, que agitaban

sus nervios de manera apasionada. Profundos y grandes ojos ardientes, bocas húmedas y rojas, cabelleras blondas, pechos y turgencias de rosa y nieve, como crispantes flores de pecados, caderas opulentas y tentadoras como gloriosa promesa a la lascivia del tacto, talles gentiles y gráciles. Todo esto veía, todo esto soñaba en aquella música que le embriagaba los sentidos como un vino poderoso, que ~~se le oscurecía en la entraña~~ y lo enfermaba.

Quiso irse a la sala y sentarse cabe al piano, como solía, para gozar más de cerca de aquella música. Entró quedo para no interrumpir a su hija y casi tuvo una alucinación. Aquel perfil, aquella cabeza, aquel rostro escultural eran exactamente iguales a los de la madre; un parecido asombroso. Quedóse un momento extasiado, contemplando a Eulalia; nunca había notado un parecido igual... Dos gotas de agua... Así exactamente, debió ser, a los diez y ocho años, la que fue *su mujer*. Y mientras más la miraba, el parecido iba acentuándose fuertemente. Aquellas caderas ceñidas por la ropa sobre el banco del piano, destacábanse en toda su esplendidez, en toda su opulencia, y el recuerdo de Eulalia, su querida, la muerta, revivió en su alma horas de su honda pasión, vivida allí, en aquella misma casa...

Su hija, que le había advertido, le miró al soslayo rápidamente, y sonrió haciendo una se-

ñal con la cabeza. El cura se sentó en una mecedora, al lado del piano, y quedóse sumido en tranquila meditación, las manos cruzadas sobre el abdomen, oyendo aquella música llena de encanto. Sobre el piano ardía la lámpara, que proyectaba toda su luz sobre el rostro de la ejecutante, y el cura miraba a su hija, arrobado en sus recuerdos.

La velada se prolongó hasta las diez. La noche estaba obscura; de cuando en cuando algunos relámpagos iluminaban el cielo, y por la ventana abierta a la calle entraba una brisa tibia, saturada de las espasmódicas emanaciones de la naturaleza.

Cuando Eulalia se levantó del piano, estaba sudorosa, agitada: enjugóse el rostro, que llevaba sin afeites, y a su lado emergió el vago humor de sus axilas, que el ejercicio había provocado.

— ¡Qué linda música! ¿Te gusta? — preguntó al Padre Félix, sonriendo, con aquella sonrisa blanca y roja, húmeda.

— ¡Que si me gusta! Estaría toda la noche oyéndola... Es una delicia... — contestó el cura levantándose, y agregó:

— ¿Quieres tomar algo?

— Sí, tengo mucha sed.

Pasaron al comedor, y el Padre Félix llevó, como lo había hecho al mediodía, cerveza, *caviar*, y un poco de queso de Holanda. Co-

mieron y bebieron; ella alegre, confiada, como siempre, no paraba mientes en las frecuentes abstracciones del cura, que a veces parecía congestionado; brillábanle los ojos con luz demoniaca, y hasta le pareció a Eulalia que abusaba de la cerveza, de la que vaciaba vaso tras vaso.

—Hasta mañana—dijo ella, presentando la frente al padre, como tenía por costumbre todas las noches.

—Hasta mañana, hija, Dios te acompañe—contestó el cura besando a su hija en la sien.

Quedóse el padre en el comedor; apuró el resto de la cerveza y se sentó meditabundo. Él oía a su hija cerrar puertas y ventanas, y luego la oyó entrar en su cuarto. Percibía el roce de la ropa, el arrastrar de una silla, el crujir del catre a la presión del cuerpo; después nada...

—Dios mío, Dios mío!—murmuraba el cura en voz baja, pasándose la mano por la frente.

Rato después intentó salir; púsose el sombrero, la americana de lino gris, y abrió la puerta. ¿Adónde iba? Él mismo no lo sabía. Quedóse mirando, escrutando la densa obscuridad de la noche, como pidiendo a las tinieblas una respuesta a su interrogación, un alivio a sus ansias, un consuelo a su alma tan abominablemente conturbada...

¿Qué hacer, adónde ir?

Largo rato permaneció allí, parado, frente a

alguna  
la negrura de la noche; sólo oía la estridencia de los grillos, el canto del gallo vigilante, el ladrido de algún perro, o el trenquear lejano de ~~una~~ carreta. Desistió al fin: dando un resoplido entró luego y fué a su cuarto.

Un instante tuvo una visión clara de la crisis que le atormentaba. Pensó en arrodillarse allí en el reclinatorio, que aún conservaba las huellas de sus rodillas, y orar, orar, anegar su alma en el agua vivificante de la oración, de las súplicas, de las penitencias; pero esa reacción débil de su voluntad fue vencida por la reacción más fuerte de su carne... Tomó el breviario e intentó leer un poco, pero le fue imposible hacerse cargo de lo que decían aquellos párrafos de letra menuda, encabezadas con mayólicas rojas, adornadas como las de su misal. Dejó aquel libro que no decía nada, que no comprendía, y después de pasearse un poco por la habitación, tomó la Biblia y se sentó luego al lado de la lámpara que ardía sobre la veladora... Empezó a hojear; tenía algunas preferencias por determinados asuntos, que halagaban sobremanera su idiosincrasia, y empezó a leer el Génesis, allí donde el acaso había abierto el libro...

«24 - Y Jehová llovió sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de Jehová desde los cielos.

25 - Y trastornó las ciudades y toda aquella



llanura con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra.

26 - Entonces su mujer miró atrás de él y fue vuelta estatua de sal. 12

27 - Y levantóse Abraham por la mañana al lugar donde había estado delante de Jehová.

28 - Y miró hacia Sodoma y Gomorra y hacia toda la tierra de aquella llanura miró; y he aquí que el humo subía de la tierra como el humo de un horno.

18 29 - Y fue que destruyendo Dios las ciudades de la llanura, Dios se acordó de Abraham, y envió a Lot de en medio de la destrucción, destruyendo las ciudades donde Lot estaba.

30 - Empero Lot subió de Segor, y asentó en el monte, y sus dos hijas con él; porque tuvo miedo de quedar en Segor, y asentó en una cueva él y sus dos hijas.

31 - Entonces la mayor dijo a la menor: nuestro padre es viejo y no queda varón en la tierra que entre a nosotras conforme a la costumbre de toda la tierra.

32 - Ven, demos a beber vino a nuestro padre, y durmamos con él, y conservamos con él de nuestro padre generación.

33 - Y dieron a beber vino a su padre aquella noche: y entró la mayor y durmió con su padre; y él no supo cuando la hija se acostó ni cuando la hija se levantó.

34 - El día siguiente dijo la mayor a la me-

nor: He aquí, yo dormí la noche pasada con mi padre; démosle a beber vino también esta noche, y entra, duerme con él, y conservaremos de nuestro padre generación.

35 - Y dieron a beber vino a su padre también aquella noche, y levantóse la menor y durmió con él; y él no supo cuando la hija se acostó ni cuando se levantó.

36 - Y concibieron las dos hijas de Lot, de su padre, etc.» (1).

El cura seguía embebido en aquella lectura que tanto excitaba su satiriasis, y a veces recostaba la cabeza en el respaldo de la mecedora para meditar...

«Todo lo que la imaginación puede concebir de más horrible, se encuentra reunido en el sacerdote lividinoso.»

El Padre Félix en sus meditaciones recordaba que ese doble incesto de Lot, fue disculpado, ¡que digo! defendido por los grandes teólogos y Padres de la Iglesia, entre los primeros, San Ambrosio, San Crisóstomo, San Irineo y Orígenes (2).

Siguió hojeando el libro, y sus ojos se detuvieron en el «Cantar de los cantares», cuya lectura había empezado por la mañana y que prosiguió con alta fruición.

(1) Génesis - Cap. XIX, V - 24 al 36.

(2) Carlos Jarnak «Personajes bíblicos».

1

«Yo soy el lirio del campo, y la rosa de los valles. Como el lirio entre las espinas, así es mi compañera entre las hijas.

.....

Sustentadme con frascos de vino, esforzadme con manzanas; porque estoy enferma de amor.


Su izquierda esté debajo de mi cabeza y su derecha me abrace.

.....

Las flores se han mostrado en la tierra; el tiempo de la canción es venido; y voz de tórtola es oído en nuestra región (1).

.....

El Rey Salomón se hizo un tálamo de madera de Líbano.

Sus columnas hizo de plata, su solado de oro, su cielo de grana, su interior solado de amor por las hijas de Jerusalem (2)./ 

.....

Eh aquí que tu eres hermosa, oh amor mío! he aquí que tu eres hermosa: tus ojos de paloma entre tus copetes; tu cabello, como manadas de cabras que se muestran desde el monte Galaad. Tus dientes, como manada de ovejas trasquiladas, que suben del lavadero: que todas ellas paren mellizas, y estéril no hay entre ellas.

.....

(1) Capítulo II - «Cantar de los Cantares».

(2) Capítulo III - «Cantar de los Cantares».

Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama, que son apacentados entre lirios.

.....

Panal de miel que destilan tus labios, / oh esposa mía! miel y leche están debajo de tu lengua, / y el olor de tus vestidos, como el olor del Líbano.

.....

Levántate, aquilón, y ven austro, sopla mi huerto, caigan sus especias. Venga mi amado a mi huerto y coma de su dulce fruta<sup>(1)</sup>.

Cuán hermosos son tus pies en los calzos, / oh hija del príncipe! / los cercos de tus muslos / son ajorcas, obra de mano de excelente maestro.

Tu ombligo, como una taza redonda, y que no le falta bebida. Tu vientre, montón de trigo cercado de lirios.

Tu cuello, como torre de marfil; tus ojos, como las pesqueras de Esebón junto a la puerta de Bath-rabem; tu nariz, como la torre del Líbano que mira hacia Damasco.

Qué hermosa eres, y cuán suave, oh amor deleitoso!

Tu estatura es semejante a la palma, y tus pechos a los racimos.

Yo dije: yo subiré a la palma, asiré sus racimos; y tus pechos serán ahora como racimos de vid; y el olor de tus narices como manzanas.

(1) Cap. IV fd.



Y tu paladar como el buen vino, que se entra a mi amado suavemente, y hace hablar los libros de los viejos» (1).

El Padre Félix cerró el libro; sus sienes le latían con golpes de martillo. La lectura de ese poema atribuido al Rey Salomón, y del cual ha dicho Ernesto Renán: «El libro que diez años antes de Jesucristo nos describe el amor, no muy delicado tal vez, pero sí verdadero y fuerte, es en cierto sentido un libro sagrado», le enfermaba con sus apasionadas vehemencias, con sus frases ardientemente acariciadoras.

*siglos*

El cura empezó a pasear, a grandes pasos, por la habitación. La noche no refrescaba, y pronto advirtió el ruido de los primeros goterones que redoblaban sobre el techo. Llovía luego de manera torrencial, y de cuando en cuando un trueno parecía rodar por los abismos del cielo.

Cansado de sus paseos entró en su cuarto y empezó a desnudarse.

Un rato después todo era silencio y calma: obscuridad profunda...

~~Un relámpago rasga las negruras de la noche, y el trueno, formidable, estallante, como una car-~~

(1) Cap. XII

~~(2) La mayoría del Jurado — con autorización del autor — ha suprimido dos líneas en este pasaje.~~

~~(NOTA DEL ATENEO NACIONAL).~~

cajada satánica, conmueve la tierra hasta sus cimientos.

\* \* \*

/i / Y aquella descarga no fulminó al monstruo que al día siguiente iría a vestir las ropas sagradas, y a levantar en sus ~~garras~~ la hostia santa de la comunión!... *manos*

*"Agnus Dei quitolis peccata mundi."*

## XIV

Por aquellos días, casi toda la prensa del país se había ocupado, con gran lujo de detalles, de un hecho que, por lo extraordinario, causó honda sensación, promoviendo acerbas censuras hacia la dudosa moralidad de algunos señores clérigos.

El Padre Martín, cura de San Andrés, había sido atacado a mansalva por un desconocido, en un camino solitario, cuando regresaba de una excursión a caballo. El desconocido había disparado sobre el cura un tiro de escopeta, y tres balines habían hecho blanco en el cuerpo de aquel *pastor de almas*, que fué hallado exánime, en estado grave. Una larga señal indicaba que el cura había sido arrastrado por el potro que montaba, asustado, sin duda, por la detonación.

La noticia había cundido con la celeridad del rayo, causando la natural consternación entre las gentes sencillas, que no podían comprender cómo un ministro del Altísimo pudo ser atacado de la misma manera que cualquier otro mortal, y se hacían cruces imputando el hecho a *los masones* y a los protestantes.

El cura fué oportunamente asistido por el

médico del pueblo <sup>de</sup> El Piñal, y estaba ya convaleciente. Ninguna de las heridas había sido de carácter mortal.

El proceso incoado para descubrir el autor del hecho, hubo de arrojar suficiente luz, y desde luego la opinión pública señaló al responsable, bien que ciertas personalidades del lugar le absolvieron desde luego y aun aplaudieron calurosamente su acción.

Y, efectivamente, el autor del atentado debió proceder movido por algún motivo de enorme trascendencia. De otro modo aquellas pocas personas que le defendieron y aplaudieron, no se explicaban cómo un muchacho honrado, trabajador, y, lo que era más raro aún, creyente, hubiera recurrido a un medio tan reprobado como la alevosía, para ejercer su venganza en un sacerdote a quienes los pueblos respetan y veneran como a un representante del Crucificado.

l Puestas en claro las cosas, se tuvo la clave del asunto. La declaración del reo fue amplia e ingenua:

«Ya de pretendiente — dijo — le había manifestado al Padre Martín, que yo no veía con buenos ojos sus visitas a la casa de mi novia, y varias veces llamé la atención de mis suegros que «de los sacerdotes había que oírles su misa y su plática» y nada más. Sin embargo, siguió frecuentando la casa a horas desusadas.



Cuando traté de casarme, opuso mil demoras e impedimentos: tuve que ir a casarme a El Piñal, y anduve en mil diligencias hasta en la Curia. A los tres meses de casado, al regresar una tarde a mi casa, me encontré con el Padre que salía de ella; le pregunté el motivo de su visita y pretextó cualquier cosa. ~~Encontré en mi mujer algo de raro que no le había notado nunca...~~ No quise mostrarme celoso porque había concebido mi plan, y una noche sorprendí al cura en mi casa. ~~Cuando penetré a la sala, él saltó por una ventana al cafetal, pero pude distinguirle perfectamente...~~ ~~Esa noche~~ Juré vengarme... Porque el sacerdote que así se comporta no es un ministro de Dios, sino el más infame de los hombres... Por eso lo tiré... Ojalá le sirva esta lección».

(R, Tal fué, poco más o menos, la declaración del reo. Algún tiempo después, ya en libertad, abandonó aquel lugar, indignado de la estulticia de sus conterrâneos. Algunos elementos del lugar, movidos por cartitas del Padre Félix, cura de El Piñal, organizaron un acto de desagravio por el *atentado sacrilego* de que había sido víctima el Padre Martín, salvado de la muerte por un milagro del Altísimo, que no permitió el triunfo de la iniquidad sobre un sacerdote lleno de las más excelsas virtudes, y predicador incansable de la doctrina del Crucificado.

Hubo procesión alrededor de la Iglesia, y un

10

coro de *Hijas de Maria* llevó estandartes y ramos que depositaron después al pie del altar.

El Padre Félix subió al púlpito y tronó contra la murmuración y la calumnia de que eran víctimas los sacerdotes católicos, por parte de *los liberales*, raza de demonios que arderían eternamente en los infiernos; gritó, como energúmeno, contra la civilización actual, contra los teatros, contra esa prensa impía que con grandes caracteres estampaba en los periódicos, sin miramiento alguno a la divina jerarquía de que ellos se hallaban investidos, las calumnias más soeces, sólo para echar lodo a la Iglesia de Cristo y a sus representantes en la tierra, que viven entregados a la oración y a la penitencia. Tronó contra toda clase de libros profanos, de los que todo buen cristiano debe huir, como de la peor de las pestes, y prohibió, bajo pena de excomunión, la lectura de todos los periódicos, que como lenguas del demonio, habían hablado de la horrible calumnia que tenía postrado en el lecho de muerte al virtuoso pastor de aquella grey.

Lanzó su anatema a todo aquel que leyera libros impresos sin la sanción eclesiástica, y, finalmente exhortó al auditorio a no dar una sed de agua ni una miga de pan a los enemigos de la Iglesia de Cristo. ¡Raza maldita! exclamó—sobre la cuál caerá un día el fuego de Sodoma y de Gomorra... 4

La fiesta religiosa superó a los deseos de sus organizadores, y el Padre Félix, una vez terminada, marchó a la casa cural a ver a su amigo y compinche, el Padre Martín, que en ese momento devoraba, rodeado de almohadas, en el lecho, una alita de pollo.

— *Dominus tecum, quomodo valet?* — exclamó el Padre Félix al entrar en el cuarto del Padre Martín, que le miraba sonriendo, y añadió — La fiesta ha estado brillante... Por lo cual te felicito.

— *Hoc erat in voites*—contestó el Padre Martín, muy satisfecho...—Cuánto he sentido no haber podido oír tu plática... **6** Qué citas notables tuviste? Porque supongo que en ocasión tan bella harías una obra maestra... Y no predicarías *ad captandum vulgus ni cálamio curren-*  
*te...*

— Ya sabes que no soy un Bossuet... Sin embargo, hice lo que pude; a juzgar por las muchas manifestaciones del auditorio, creo que mi plática fué sensacional. El asunto se prestaba... —terminó socarronamente el Padre Félix.

— *Hodie nihi eras tibi*—dijo con intención el Padre Martín, mirando fijamente a su amigo.

— *Spiritus promptus est, caro infirma*—replicó el Padre Félix, encogiéndose de hombros—~~Son palabras del Evangelio.~~

Por algún rato prosiguieron la conversación, que esmaltaban con sentencias latinas y citas

del Evangelio, de que era tan amante el Padre Martín, aquel buen par de pastores que se entendían a maravilla, y que se daban bromas de subido color. Dos temperamentos afines, que mutuamente disculpaban sus errores. Ya lo había dicho el Padre Félix; son palabras del Evangelio: «El espíritu está pronto pero la carne es flaca.»

Después de mediodía, cuando ya el Sol bajaba al horizonte, el Padre Félix, caballero en su fino potro, dejó la casa cural de San Andrés, y tomó a trote largo el camino de su feligresía. Al verle pasar, los campesinos se quitaban el sombrero y le saludaban respetuosamente.

Era entrada la noche cuando el Padre Félix llegaba a su casa.

Su hija le esperaba impaciente en la puerta. Al verle llegar, exclamó con acento de amigable reproche:

— ¡Tan tarde!; me tenías con cuidado ya ...

¿Cómo te fué?

— Muy bien, hija, una fiesta muy hermosa ... No se puede negar que en San Andrés el celo religioso existe de una manera que ensancha el alma ... ¡Qué fervor, qué recogimiento!; se llena el corazón de gusto al ver aquel pueblo unido, compacto, protestar como un solo hombre ante aquella iniquidad .. ¡Un predicador como el Padre Martín, víctima de semejante impostura!

— Traerás ganas de comer? — preguntó Eulalia, cuidadosa. — Te he estado esperando... no he querido comer sola.

Se dirigieron al comedor. El Padre Félix, adelante, haciendo resonar marcialmente el ruido de sus espuelas, que ostentaba bien calzadas sobre el extremo inferior de las polainas de reluciente charol. La sotana arrollada hasta la cintura y las alas del jipi-japa/gachas le cubrían a medias el rostro.

Tenía verdadara debilidad por enseñar los pantalones, y hacía mucho tiempo que no vestía la sotana sino en determinados casos. Prefería el vestido seglar, y si no hubiese sido por el cuello de paño negro que siempre llevaba, como única característica de su estado, nadie le habría tomado por un cura de aldea.

Lo que no soportaba el Padre Félix era la tonsura, que llevaba siempre sumamente descuidada. Qué berrinche sufría cuando, por algún motivo, tenía que hacerse rapar aquel horrible cerco blanco que lucía en el occipucio!

— Cuánto te agradezco hija, pero cree que no me gusta haberte hecho esperar tanto. Aguardé a que el sol bajara un poco.

Onofre, el chico mandadero, llegó y arrodillándose ante el cura le descalzó las espuelas y le quitó las polainas.

Después de hacerse una *toilette* algo más minuciosa que de costumbre, el cura se sentó a la

mesa, no sin haber vaciado antes una buena copa de coñac, después de servir otra a Eulalia.

El chico David, el hermanito menor de Eulalia, nunca comía en la mesa con ellos. Allá en la cocina era regularmente atendido por la servidumbre del cura, y luego largábase con otros chicos a jugar a la plazuela de la Iglesia. Además, sentía por su padre una especie de respetuoso temor que no le permitía afrontar por mucho tiempo su compañía. A sus pocos años no podía descifrar el enigma de cómo su papá era un cura que cantaba misa y confesaba a todos sus amiguitos allá por la semana santa o cuando llegaba algún jubileo...

Aun recordaba la pregunta que una vez le hizo un chico en la escuela pública: —¿Es verdad que el Padre Félix es tu papá?

No sería posible acertar qué clase de ideas bullían en el infantil cerebro de David, acerca de las leyes biológicas... Pero es lo cierto que él no hallaba natural que su padre, siendo un señor cura, tuviese hijos, sencillamente porque conocía a otros sacerdotes que no los tenían, porque no se podían casar... Luego su padre, siendo sacerdote, ¿se había casado? Entonces ¿por qué no se casaban los otros?

¿Era o no prohibido que se casaran *los curas*?

Alguna vez pensó David proponer este cuestionario a su hermana, pero desistió por cierto vago temor que le hacía comprender que iba a

decir alguna *cosa mala*, y él respetaba a su hermana casi, casi como a su madre.

La idiosincrasia de Eulalia era muy diferente: carácter superficial, poco amiga de especulaciones, pensaba que era cosa muy natural haber nacido a la vida; tenía un padre como lo tenían todas las mujeres, y que su padre fuese un sacerdote nada le importaba: ella había conocido a otros sacerdotes que tuvieron hijos... Y bien: si los tuvieron, si los siguen engendrando a pesar de ejercer su ministerio, no debe ser prohibido... Y así había vivido feliz en medio de su bastardía, de la que nunca pareció darse cuenta.

Respetaba a su padre, en su doble carácter, de autor de sus días y de sacerdote, resultando de esa rara dualidad, una personalidad extra *sui generis* que ejercía sobre ella la enorme influencia, de *dos paternidades*, la corporal y la espiritual.

Mujer sin cultura, cuya fisiología estaba saturada de un funesto atavismo, carecía de esa visión amplia, común, en la generalidad de las mujeres de su clase, para darse plena cuenta de su misión en la vida, y aspirar a una evolución salvadora que la redimiera del ~~perjuicio~~ que gravitaba sobre ella, y surgir limpia de mancha a la consideración de la sociedad, cualquiera que ~~sea~~ su origen.

El Padre Félix, en su inmenso egoísmo, no

había querido separarse de ella, a fin de educarla de manera más conveniente, y había preferido darle en aquel ambiente infeliz y desgraciado, un ligero barniz que apenas lograba disimular la vacuidad de aquella alma indefinible, halagando su vanidad con refinamientos malsanos.

Ahora, la pobre Eulalia experimentaba sentimientos extraños, bien distintos por cierto de los que hasta allí habían agitado su alma. En sus largos ratos de soledad dialogaba consigo misma, y a veces, en los pequeños intervalos en que la parte noble de su psiquis se erguía, se levantaba a regiones más elevadas y puras, un gran abatimiento, una tremenda sensación de vergüenza de sí propia la anegaba. Considerábase una criatura perversa, despreciable, reo del crimen más abominable que criatura humana pudiera cometer... ¿Cómo era posible haber caído tan hondo en aquel abismo de la más asquerosa degradación?/Cómo pudo aceptar la comisión de aquel hecho repugnante y odioso, hacerse reo de un delito condenado por Dios y los hombres, para el cual no puede haber expiación posible?

Pobre flor de lujuria, nacida en aquel estercolero, bestia, hija de bestias, conjunto de materia donde apenas existía, como débil emanación fosfórica que emana de la podredumbre, el pálido reflejo de una conciencia primitiva.

Y pensaba en su padre con espanto, y per-

10

mito



díase en divagaciones, creyendo a veces que detrás de todos esos que ella llamaría convencionalismos sociales y religiosos, habría una clave, una doctrina secreta, esotérica, diría mejor, que permitiera a los ministros de Dios disponer a su albedrío de todo aquello en que ejercieran potestad, porque, pensaba: ellos son los intermediarios entre Dios y los hombres. Son los únicos poseedores de la verdad, y los que pueden perdonar todos los pecados de la tierra.

## XV

Rafael María vive contento en el <sup>5</sup>seminario, su vida de estudio y de contemplación; en los siete meses que lleva de internado, se ha captado las simpatías del virtuoso Rector del establecimiento, así como la de todos sus profesores y condiscípulos, siendo siempre distinguido entre los estudiantes más juiciosos y aventajados. En el estudio del latín es donde mejor ha mostrado su talento, pues pocos estudiantes habían logrado adquirir en tan poco tiempo, tal suma de conocimientos en la antigua y difícil lengua del Lacio. Con la facilidad de adaptación que era en él peculiar, se había acomodado perfectamente a aquella vida de estudio, de meditación y de oración, que tan bien cuadraba a su temperamento. Fue para él un gran consuelo encontrar en aquella casa un poco de cariño y de calor que tanto necesitaba su alma acostumbrada a las dulces confidencias del hogar y la familia. Cuando se vio <sup>1e</sup>apreciado, estimulado en sus estudios, distinguido entre sus condiscípulos, y motivo de cierta predilección, su alma se llenó de júbilo, y las flores <sup>10</sup>

de su sentimiento se desbordaron, como un rosal, perfumando su existencia, que allí se deslizaba plena de felicidad.

Cuando ocurría alguna fiestecita en el Seminario, con motivo del día del santo del Rector, o para celebrar cualquier otro acontecimiento, Rafael María era quien pronunciaba el discurso, y lo decía de memoria, sin una sola falta, sin un solo tropiezo, y era también el encargado de recitar alguna égloga de Virgilio, en latín, con una fidelidad, y pureza de dicción, que encantaban.

—Lo que es éste llegará—habían dicho los profesores—, y llegará muy alto... Debería alistarse en las filas de la Compañía de de Jesús.  
¡Qué gran soldado de la fe católica!

El Padre Juan estaba muy contento de las noticias que con frecuencia recibía acerca de los triunfos del muchacho, y pensaba si acaso los altos designios de Dios estaban preparando un sacerdote virtuoso y sabio que, con dolor lo confesaba, iban ya siendo tan raros!

Pero, a pesar de todo, en las cartas que frecuentemente escribía al chico, siempre dejaba deslizarse párrafos que llamaban la atención de Rafael María, y que le hacían sonreír. ¿Cómo, todavía el Padre Juan duda de mi vocación? Y orgulloso en la seguridad de su virtud, siempre creciente, contestaba aquellos párrafos, lleno de respeto y de dulzura, para convencer a su que-

rido protector de que él persistía hasta el fin, sin violentar para nada las tendencias de su espíritu, que lo llevaban a la terminación de su carrera, y concluía: «*Alea jacta est.*»

Cada vez que Rafael María recibía cartas de *San Roque*, la querida villa en que había nacido, experimentaba una dulce sensación. Dentro de la carta del Padre Juan, generalmente venía una de Engracia. Rafael María se encerraba entonces en su cuarto, y las leía con altísima fruición de su alma.

Engracia no le olvidaba; pensaba mucho, pensaba siempre en él; ¡qué triste estaba todo en San Roque desde que él se había ido de allí!

Todos le preguntaban cuándo volvería, si quiera por algunos pocos días, y ella no sabía qué contestarles... Tal vez a fines de año tendría alguna vacación, y ¡faltaba tanto tiempo! Casi cinco meses... ¡Una eternidad!

Cierta vez, recibió Rafael María una carta | 14  
conoció la letra de Engracia en el sobre.

— ¡Qué raro! — se dijo — que no me escriba el Padre Juan.

Era hora de asueto y subió a su cuarto radiante de alegría, para leerla. Aquellos caracteres trazados por la mano de la amiga de su infancia, muy cuidadosamente, como de escolar aprovechada, le hablaban al alma. Dentro de la carta venía un hermoso clavel rojo, todavía con perfume a pesar de la tortura de la prensa a que

había sido sometida la carta para que no abultara mucho.

Engracia le decía, entre otras cosas: «Te acuerdas de aquellas matitas de clavel que sembramos juntos en el jardincito, y que por más que cuidábamos nunca habían *echado*? pues ahora están llenas de claveles; hay blancos y colorados; son los primeros, y me apresuro a mandarte uno, de los más grandes de la mata; el compañero lo tengo en el pecho desde ayer, y todavía huele... <sup>6</sup>Has visto que perfume más lindo es el del clavel? huele a cariño, a cielo, yo no sé a qué, dan ganas de comérselos. He llegado a pensar que los nombres tienen también sus perfumes, que huelen así como estos claveles... Y yo no se porqué me figuro que tu nombre huele a clavel, el del Padre Juan a *Varitas de San José*, el mío... el mío todavía no he podido adivinarlo... sólo que huelen a *flores de muerto*... ¡Qué tonta! Yo guardo mucho rencor a esas matas porque nacieron los claveles cuando ya te habías ido. Si estuvieras aquí verías por la mañana esas flores llenas de gotitas de rocío, tan frescas que son una delicia. Esta tarde llevaré un ramito al altar de la *Purísima* que tanto te gustaba. ¡Ah, si pudiera mandártelo!...

El Padre ha estado con mucha tos, pero ya va mejor.»

Rafael María leyó y releyó agradecido la carta que guardó en su baúl, y puso la flor, con un

afiliter, al pie de una estampa mística que tenía a la cabecera de su lecho. Cuando terminó esta operación notó una sombra al lado exterior de la vidriera de la puerta. Alguien miraba hacia adentro por una ligera raspadura practicada sobre la pintura del vidrio, pero no dio importancia al asunto porque en seguida la sombra desapareció. 10

—Alguien que pasaba, se dijo.

Cuando Rafael María salió de su cuarto, el Padre Hans bajaba la escalera y parecía leer en un libro.

Mucho rato después sonó la campana para la comida, y todo el internado ocupó sus asientos.

Rafael María con los ojos fijos en su plato comía tranquilamente, sin apresuramientos, e instintivamente levantaba la vista, sin saber por qué, al lugar que ocupaba el Padre Hans, su profesor en cierta asignatura. Mas, siempre que esto ocurría, encontraba al profesor que le miraba fijamente... y luego sonreía y seguía comiendo. La curiosidad le hurgaba, y un momento después volvía a alzar la vista, para recibir la mirada y la sonrisa del Padre; ello ocurrió varias veces, y fue tal la insistencia del profesor en mirar al chico y en sonreírle, que Rafael María no acertaba a explicarse el motivo de aquellas manifestaciones. Por un momento pensó que estaría desgredado, o con la cara no muy limpia, pero recordaba haberse 12

arreglado el cabello y limpiado con la toalla antes de bajar al comedor. Con disimulo se palpó el cuello y la corbata, y tampoco halló nada de anormal en su indumentaria. Resolvióse a no mirar más hacia el lugar del Padre Hans, y permaneció por todo el resto de la comida, con la vista baja, o procurando mirar hacia otro lado, entretanto que sentía sobre sí la mirada de los ojos verdes del Padre Hans.

Cuando terminó la comida, y durante la acción de gracias, que escuchaban todos de pie, Rafael María quiso, una vez más, cerciorarse de si todavía era observado con la misma insistencia, y no pudo menos de sentir una desagradable impresión al convencerse de ello.

—Indudablemente—pensó—he cometido alguna falta, y el Padre Hans me reprende de esa manera.

Por la noche, el armonium de la capilla, congregó allí todo el internado, y después de algunos cánticos religiosos, los seminaristas, en fila, abandonaron aquel recinto, yéndose cada uno a su cuarto.

Rafael María subió al suyo, y antes de leer algunas oraciones que tenía por costumbre, abrió la puerta y se asomó al balcón.

La noche estaba hermosísima; la luna llena, ascendía sobre el horizonte difundiendo su tenue claridad por todo el valle. El panorama

que se ofreció a los ojos de Rafael María era encantador.

La masa de la ciudad se extendía ante su vista, constelada por los focos eléctricos que brillaban en la suave diafanidad de la noche, hasta los lejanos confines, donde la población había ido extendiéndose, formando nuevas y elegantes barriadas, de edificios ligeros y livianos, capaces de afrontar, sin peligro para sus moradores, los movimientos sísmicos tan frecuentes en todo el istmo centroamericano.

Abajo, en las calles adyacentes, la gente que discurría, los automóviles que rodaban en todas direcciones, haciendo oír la estridencia de sus bocinas, los que iban a los teatros y a los cines, con sus mujeres del brazo, formando grupos.

*del* Rafael María permaneció un rato en el balcón, recibiendo el aire fresco de la noche. Pensaba en el Padre Juan, en Engracia, en la vieja Tanasia, hasta en el tuerto ~~el~~ sacristán, y con los ojos del alma veía los lugares que había recorrido con su amiga, y hasta reconstruyó por la centésima vez el lance ocurrido allá en las afueras de la villa, cuando dejó exánime y ensangrentado al muchacho aquel que había ofendido la memoria de su padre y el honor de Engracia. Y volvió a recordar el pavor de aquella tarde, en la troje, donde se había refugiado temeroso de la justicia.

Estaba sumido en sus recuerdos cuando sin-